

Apretó el monje con un movimiento de alegría y de triunfo involuntario el papel contra su pecho.

— Ahora, padre mío, dijo el moribundo, ¿no me consolaréis con algunas palabras de esperanza?

Acercóse el monje grave y lento; hubiérase dicho, que su semblante elevado al cielo, se iluminaba con una luz divina.

Visto así, parecía el ideal de la caridad humana.

El moribundo, que conocía que llegaba el perdón, se incorporó para ir á su encuentro.

— Hermano mío, dijo el dominico, tal vez se necesite cerca del Señor una intercesión más alta y más poderosa que la mía para que os perdone; pero yo, como hombre, como hijo, y como sacerdote, os perdono.

¡Quiera Dios ratificar la absolución que le ruego haga descender sobre vuestra cabeza!

En el nombre del Padre, que es la bondad, del Hijo, que es la abnegación, y del Espíritu Santo, que es la fe.

Y puso dulcemente sus dos manos pálidas y blancas sobre el cráneo desnudo y descarnado del moribundo.

— Ahora, padre mío, ¿qué me queda que hacer? preguntó Mr. Gerard.

— Orad, dijo el monje.

Y salió lentamente con las manos juntas, rogando al Señor que le permitiese llevar consigo cuanto malo, miserable y bajo había en aquel hombre que iba á morir.

Detrás de él volvió á caer el moribundo sobre su lecho con el rostro contra la almohada y tan inmóvil, como si el alma se hubiera separado ya del cuerpo.

FIN DEL LIBRO SEXTO.

LIBRO SÉPTIMO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO PRIMERO.

VOLVAMOS Á JUSTINO.

Dejemos á fray Domingo tranquilizado para en adelante, respecto á la vida y al honor de su padre, salvar rápidamente con el corazón lleno de esperanza y alegría la corta distancia que separa á Vanves de Bas-Meudón, donde encontrará enganchado y pronto á partir el fúnebre carruaje que encierra el cuerpo de Colombán; y volvamos á Justino, á quien hemos visto partir á rienda suelta para Versalles sobre el caballo de Juan Robert, y provisto por medio de Salvador de las instrucciones de Mr. Jackal, respecto á Mad. Desmarets.

Para aquellos de nuestros lectores á quienes el carácter del maestro de escuela, señalado con una aparente debilidad, haya parecido que no merece todo el interés que inspira á Salvador, á Juan Robert y á nosotros mismos, les diremos que aquella resignación que á primera vista ha podido parecer una falta de energía, nos parece á nosotros, por el contrario, una de las bellas formas de la fuerza.

LOS MOHICANOS T. III

En efecto, no debe confundirse el movimiento material, la actividad del cuerpo, con la actividad y el movimiento del espíritu.

Hombre hay que se cree muy activo, que todo el día está en movimiento; marcha, corre, anda dos leguas á pie ó en carruaje: pues bien, éste se mueve mucho más, pero hace mucho menos que el hombre que desde el fondo de su gabinete de estudio da á luz al cabo de diez años de aparente reposo el pensamiento que va á trastornar el mundo.

Poned al maestro de escuela, á ese hombre tan apático en la apariencia, en manos de la necesidad, y le veréis salir de su apatía, armado de punta en blanco, pronto á combatir, preparado á morir: lo que le debilita á los ojos de aquellos que no ven en él más allá de la epidermis (no nos cansaremos de repetirlo, porque más dé una vez tendremos ocasión de probarlo en este libro), es la vida de familia bajo la cual está doblado, la piedad filial, causa á veces de grandes acciones, causa á veces también de grandes y oscuros sacrificios.

Suprimid para Justino esa palabra sagrada, esa cosa santa que pesa sobre él, *la familia*, y le veréis inmediatamente traer su piedra á ese monumento social, antípoda de la torre de Babel, que todos hemos nacido para elevar una hilada, y que se llama la armonía universal.

Ponedle solo en el mundo, con sus pasiones, de las que no tenga que responder á nadie más que á sí mismo, y veréis como aquella luz del Evangelio, oculta bajo la pantalla, una vez quitada ésta, todos los rayos de aquella se esparcen en derredor de él.

Así que, cualquiera que hubiera visto á Justino, apelando á sus recuerdos de joven, lanzarse como un consu-

mado jinete sobre el caballo de Juan Robert, abrazar el pavimento, devorar el espacio, salvar la distancia, hubiera podido afirmar sin temor de equivocarme, que eran el brazo de un hombre fuerte y el jarrete de un hombre resuelto, los que dirigian en su furiosa carrera aquel caballo desbocado, mucho más semejante á un ave que lleva su presa, que á un corcel árabe conduciendo á su jinete.

Al cabo de una hora de aquel galope furibundo, durante el cual los pensamientos del jinete, tomando algo del paso de su cabalgadura, se estrechaban, rápidamente en su cerebro, se detuvo anhelante delante de la puerta del colegio.

Había tardado poco más de una hora, como acabamos de decir, en andar cinco leguas, y eran justamente las ocho y media, cuando lanzándose á tierra de su caballo, llamó á la gran puerta de Mad. Desmarests.

Una hora poco más ó menos hacía que se habían levantado en la casa.

Mad. Desmarests estaba sola, en su cuarto, y aun no había parecido fuera de él.

Hizo Justino que le dijese que deseaba hablarle en el instante mismo.

Toda aturdida, con una visita tan matutina, hizo madama Desmarests que se suplicase á Mr. Justino que la aguardase, pidiéndole una media hora para ponerse en disposición de presentarse delante de él.

Pero Justino respondió que no admitiendo dilación alguna la causa que le conducía; vista su urgencia, suplicaba á la directora del colegio que le recibiese en el instante mismo.

Toda turbada Mad. Desmarests con aquella insistencia, púsose una bata, y abrió la puerta para bajar al salón.

Pero Justino estaba en pie delante de la puerta.

Cogió la mano de Mad. Desmarets, que estaba atónita, y la hizo volver á entrar en su cuarto, cuya puerta cerró detrás de sí.

Sólo entonces levantó la directora los ojos, fijándolos sobre Justino, iluminado por la luz de las ventanas, y lanzó un grito.

Se había espantado á la vez de la palidez mortal impresa sobre la frente del joven, y de la sombría energía que formaba el carácter principal de su fisonomía, tan dulce habitualmente, tan inofensiva.

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! ¿ qué ha sucedido ? preguntó.

— Una grave desgracia, señora, respondió Justino.

— ¿ Á vos, ó á Mina ?

— Á los dos, señora.

— ¡ Ah ! Dios mío, preciso será que haga llamar particularmente á Mina, ¿ ó deseáis verla vos mismo ?

— Mina ya no está aquí, señora.

— ¡ Cómo ! ¿ Mina ya no está aquí ? ¿ Pues dónde está ?

— No, lo sé.

Mad. Desmarets miraba á Justino como hubiera mirado á un loco.

— ¿ No está ya aquí ? ¿ No sabéis dónde está ? preguntó la directora ; ¿ qué quiere decir eso ?

— Eso quiere decir, señora, que ha sido robada esta noche.

— Pero si ayer noche la he conducido yo misma á su cuarto, donde la he dejado con la señorita Susana de Valgeneuse.

— Pues bien, señora, esta mañana no está en su cuarto.

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! exclamó Mad. Desmarets levantando los ojos al cielo ; ¿ estáis bien seguro de lo que decís, caballero ?

Justino sacó del bolsillo el papel escrito con lápiz que le había dado Babolin.

— Tomad, dijo, leed...

Mad. Desmarets leyó rápidamente aquel grito de angustia. Reconoció la letra de la joven, y conociendo que se iba á desmayar, lanzó un grito, extendiendo los brazos para buscar un apoyo.

Lanzóse Justino hacia ella, la sostuvo y la condujo á un sillón.

— ¡ Oh ! dijo la directora, si es verdad, de rodillas debería pedir os perdón del dolor que os causo.

— Es verdad, dijo Justino. Pero no nos dejemos abatir ni unos ni otros, señora, á menos que estemos seguros de que no hay remedio para este dolor, y aun cuando ya no me quedara esperanza en los hombres, siempre me quedaría la esperanza en Dios.

— Pero ¿ qué hacer, caballero, qué hacer ? preguntó.

— Aguardar, y aguardando velar para que nadie entre en su cuarto, ni penetre en el jardín.

— ¿ Aguardar qué, caballero ?

— Al agente de la autoridad, que debe venir aquí dentro de una hora.

— ¡ Pues qué ! exclamó Mad. Desmarets más asustada que conmovida, ¿ va á venir aquí la justicia ?

— Sin duda, respondió Justino.

— ¡ Pero si eso sucede, mi casa está perdida ! exclamó la directora.

Este egoísmo hirió profundamente á Justino.

— ¿ Qué queréis que haga, señora ? respondió fríamente.

— Caballero, si hay un medio de evitar el escándalo, os suplico que le empleéis.

— No sé lo que llamáis escándalo, dijo Justino frunciendo las cejas.

— ¡Cómo que no sabéis á lo que llamo escándalo! dijo la directora del colegio juntando las manos.

— El escándalo para mí, señora, dijo Justino, es que una mujer á quien mi madre ha confiado su hija, á quien yo he confiado mi mujer, se atreva á decirme que calle cuando se la pido.

La replica era tan justa, que Mad. Desmarests pareció anonadada.

— Pero, caballero, dijo llorando, ¡todas las madres van á venir á pedirme otra vez sus hijas!

— Y yo, señora, dijo Justino alborotado con el egoísmo de aquella mujer, que ante un dolor como el suyo no se ocupaba más que del perjuicio que el rapto de Mina podía hacer á su casa; y yo, señora, si fuese vuestro juez, haría colocar en la fachada de vuestro colegio un letrero infamante que separara de esta casa á todas las madres.

— Pero, caballero, ¡vuestra desgracia no se aminorará con el daño que me hagáis!

— Pero el daño que os haga impedirá que suceda á otros una desgracia igual á la mía.

— En nombre del afecto que la tenía, caballero, no me perdáis.

— En nombre de la confianza que tenía en vos, señora, nada me pidáis.

Reinaba sobre el rostro de Justino, una resolución tan desesperada, que Mad. Desmarests comprendió que nada tenía que esperar de él.

Pareció pues tomar un partido, y con aire resignado dijo:

— Se hará como queréis, caballero, sufriré silenciosamente mi pena.

Justino indicó con una señal de cabeza, que, en su opinión, eso era lo mejor que podía hacer.

En seguida, después de algunos minutos de silencio que pesaba como plomo sobre el joven y sobre la directora del colegio, dijo ésta:

— Caballero, ¿queréis á vuestra vez permitirme que os dirija algunas preguntas?

— Hacedlas, señora.

— ¿Á qué causa atribuis la desaparición de Mina?

— Eso es lo que ignoro aún; pero eso es lo que espero que la justicia me diga.

— ¿Estáis seguro de que no ha desaparecido voluntariamente?

Hinchóse el corazón de Justino con aquel ultraje hecho á su inocente prometida.

— ¡Cómo! dijo, vos que la tenéis hace seis meses delante de los ojos, ¿podéis hacerme semejante pregunta?

— Os preguntaba si estabais cierto de su amor.

— Habéis leído su carta; ¿á quién llama en su ayuda?

— ¿Entonces habrá sido robada por fuerza?

— Sin duda alguna.

— Pero, caballero, eso es imposible, las paredes son altas, las ventanas sólidamente cerradas. Mina habria gritado.

— Señora, hay escalas para todas las paredes, tenazas y palancas para todas las ventanas, mordazas para todas las bocas.

— ¿Habéis entrado en el cuarto de Mina?

— No, señora.

— Pues era lo primero que había que hacer: vamos allá si queréis.

— No, señora, al contrario, os suplico que no vayamos.

— Es sin embargo el único medio de asegurarnos de que no está en él.

— Pero esta carta...

— Si, por un cálculo que no me explico, si para cumplir algunas órdenes tenebrosas, se os hubiera enviado una carta falsa; si Mina no hubiera sido robada, si estuviera en su cuarto...

Pasó por delante de los ojos de Justino algo parecido á un deslumbramiento.

Él mismo comprendía tan poco lo que sucedía, que aquella esperanza, por insensata que fuese, comenzó á entrar en su corazón.

En consecuencia, á pesar de las recomendaciones de Salvador se decidió á bajar é ir con Mad. Desmarets hasta la puerta del cuarto particular que habitaba la joven.

Una vez llegados delante de la puerta, Mad. Desmarets (mientras Justino con la mano sobre su pecho comprimía los latidos de su corazón), Mad. Desmarets, decimos, llamó dulcemente, después más fuerte y luego más fuerte aún.

Fué inútil, nadie respondió.

Intentó forzar la puerta.

Inútil también, la puerta estaba cerrada por dentro.

Mad. Desmarets propuso entonces enviar á casa del cerrajero.

Pero Justino, á quien aquel silencio fúnebre había devuelto á su primera desesperación, se acordó entonces de las recomendaciones de Salvador, y se opuso formalmente al cumplimiento de su designio.

— Veamos al menos por el jardín si se percibe algo á través de la ventana, dijo la directora del colegio.

— Perdonad, señora, dijo Justino, pero la entrada en el jardín está prohibida á todo el mundo.

— ¿Y á mí también?

— Á vos, como á los demás, señora.

— Pero, caballero, al fin estoy en mi casa.

— Os pido perdón, señora, pero la ley está en su casa, donde quiera que está, y en nombre de la ley os prohibo abrir esa puerta.

Y para mayor seguridad la cerró, dando dos vueltas á la llave, la que sacó y colocó en su bolsillo.

Mad. Desmarets tenía gran deseo de llamar, de gritar, hasta de enviar á llamar al comisario, si necesario fuese, para poner á Justino á la puerta; pero comprendió que aquel joven, á quien siempre había visto tan humilde, no obraría así si no estuviera seguro de ser sostenido.

En cuanto á Justino, se apoyó tranquilamente contra la puerta del jardín.

— ¿Contáis con permanecer mucho tiempo de centinela junto á esa puerta, caballero? pregunto la directora del colegio.

— Hasta que lleguen las personas que estoy esperando.

— ¿Y cuándo llegarán?

— Nunca será tan pronto como yo deseo, señora.

— ¿De dónde vienen?

— De París.

— Entonces, dijo Mad. Desmarets, ¿permitís que os deje un instante, caballero?

— Como queráis, señora.

Y Justino se inclinó como para dar permiso á Mad. Desmarets.

Subió ésta á su habitación, que daba á la calle, se vistió rápidamente, y una vez vestida abrió la ventana, y á través de las persianas dirigió sus miradas al camino de París.

Al cabo de una media hora, poco más ó menos, vió

asomar un carruaje que avanzaba rápidamente y se detuvo á la puerta.

Bajaron de él dos hombres.

Eran los señores Jackal y Salvador.

Iba á llamar Mr. Jackal, cuando la puerta del colegio se abrió por sí misma.

Era Justino, que habiendo oído el ruido del carruaje, y creyendo que aquel carruaje conducía á Mr. Jackal y Salvador, venía á abrirles la puerta agujereado por su impaciencia.

Salvador, al ver la agitación y la palidez del joven, fué hacia él, le cogió la mano, y estrechándosela, le dijo:

— Vamos, valor, mi pobre Mr. Corby. Hay, creedme, desgracias aun más grandes que las vuestras.

Y pensaba en la desgracia de Carmelita, al volver en sí, al recobrar su razón y saber que Colombán había muerto.

CAPÍTULO II.

LA VISITA DOMICILIARIA.

En cuanto á Mr. Jackal, habiendo sabido por Salvador que Justino era el novio, saludó profundamente al joven y le preguntó si había entrado alguien en el cuarto ó en el jardín.

— Nadie, caballero, dijo Justino.

— ¿Estáis seguro de ello?

— Hé aquí la llave del jardín

— ¿Y la de la habitación de la señorita Mina?

— Está cerrada la puerta por dentro.

— ¡ Ah! dijo Mr. Jackal.

Y tomando un enorme polvo, dijo:

— Vamos á ver eso.

Y conducido por Justino, llegó á una especie de locutorio colocado entre el patio y el jardín, y del cuál partía el corredor que conducía al cuarto de Mina.

— ¿ Dónde está la directora del establecimiento?

En aquel momento entró Mad. Desmarests.

— Aquí me tenéis, señores, dijo.

— Las personas que aguardaba de París, señora, dijo Justino.

— ¿ Sabiais algo de la desaparición de la señorita Mina, antes de la llegada de este caballero? dijo Mr. Jackal designando á Justino.

— No, caballero: ni aun ahora tengo certeza alguna sobre esa desaparición, respondió con voz conmovida y temblando de pies á cabeza Mad. Desmarests, puesto que no hemos entrado en su cuarto.

— Entraremos todos al instante, estad tranquila, dijo Mr. Jackal.

Y bajando sus anteojos al nivel de la punta de su nariz, miró según su costumbre á Mad. Desmarests por encima de los dos cristales, que como hemos dicho, más bien parecían destinados á ocultarle los ojos que á presentarle más claros los objetos.

Después, volviendo á colocar sus anteojos en su sitio, meneó la cabeza.

Salvador y Justino, en pie, aguardaban con impaciencia que el interrogatorio continuase

— Si estos caballeros quisieran entrar en el salón estarían mejor, dijo Mad. Desmarests.

— Gracias, señora, respondió Mr. Jackal, lanzando una

mirada en torno, y advirtiendo que instintivamente, y como un general consumado, había establecido su campamento en una excelente posición.

— Ahora, señora, continuó Mr. Jackal, penetraos bien de la responsabilidad de una dueña y directora de un colegio á la que falta una de sus colegiales, y reflexionad bien antes de responder á mis preguntas.

— ¡ Oh ! caballero, no puedo estar más dolorosamente afectada que lo estoy, dijo Mad. Desmarets enjugando sus lágrimas; y en cuanto á reflexionar antes de responder, es inútil, en atención á que no responderé más que la verdad.

Hizo Mr. Jackal una señal de asentimiento, y continuó:

— ¿ Á qué hora se acuestan las colegiales, señora ?

— Á las ocho en invierno, caballero.

— ¿ Y las subdirectoras ?

— Á las nueve.

— ¿ Velan algunas hasta más tarde que las otras ?

— Una sola.

— ¿ Y á qué hora se acuesta esa ?

— Á eso de las once y media ó las doce.

— ¿ Dónde duerme ?

— En el primer piso.

— ¿ Por encima de la habitación de la señorita Mina ?

— No; la persona que vela habita un cuarto que da á la vez sobre el dormitorio y sobre la calle, mientras que el cuarto de la pobrecita Mina da al jardín.

— ¿ Y vos, señora, dónde habitáis ?

— En el cuarto del primer piso que linda con el salón y da á la calle.

— ¿ Así que, ninguna de vuestras ventanas da al jardín ?

— La de mi cuarto de tocador.

— ¿ Á qué hora os habéis dormido ayer ?

— Á eso de las once poco más ó menos.

— ¡ Ah ! dijo Mr. Jackal, demos por lo pronto la vuelta á la casa. Venid conmigo, Mr. Salvador. Vos, Mr. Justino, permaneced aquí, y acompañad á esta señora.

Se obedecía á Mr. Jackal, como se hubiera obedecido á un general de ejército.

Salvador siguió al empleado de la policía. Justino quedó con Mad. Desmarets que se dejó caer sobre una silla y principió á sollozar.

— Esa mujer para nada ha entrado en el negocio, dijo Mr. Jackal, bajando la gradería, y atravesando el patio para ganar la puerta de la calle.

— ¿ En qué conocéis eso ? preguntó Salvador.

— En sus lágrimas, respondió Mr. Jackal; los culpables tiemblan y no lloran.

Mr. Jackal examinó la casa, que formaba un ángulo cortado por la calle y por una callejuela desierta, pero empedrada.

Entró Mr. Jackal en la callejuela desierta, como un sabueso en la huella de la caza.

Á la izquierda se elevaba, sobre una longitud de cerca de cincuenta pasos, la pared del jardín del colegio.

Por encima de la pared se veían los árboles del jardín, Mr. Jackal seguía el pie de la pared con extremada atención.

Salvador seguía á Mr. Jackal.

Mr. Jackal miraba la callejuela meneando la cabeza.

— Mala callejuela es ésta para de noche, dijo; estas callejuelas están hechas expresamente para los raptos y robos con escalamiento.

Al cabo de veinticinco pasos, poco más ó menos, bajóse

Mr. Jackal, y recogiendo un pedacito de yeso desprendido de la cima de la pared:

Después otro pedazo, luego otro.

Mirólos con atención y los envolvió cuidadosamente en su pañuelo.

En seguida, cogiendo un pedazo de teja, lo arrojó suavemente por encima de la pared, á fin que cayese del otro lado.

— ¿Es por aquí por donde la han pasado? preguntó Salvador.

— Vamos á verlo al instante, dijo Mr. Jackal. Ahora entremos.

Salvador y Mr. Jackal entraron.

Encontraron á Justino y Mad. Desmarets en el mismo sitio que los habían dejado.

— ¿Qué hay, caballero? preguntó Justino.

— Esto marcha, respondió Mr. Jackal.

— ¡Oh! por favor, caballero, ¿habéis visto algo, reconocido alguna huella?

Sois músico, joven, y por consiguiente debéis conocer el proverbio *no vayamos más ligeros que el violín*. Yo soy el violín, seguidme, pero no me adelantéis, Mr. Justino: la llave del jardín si os place.

Entregó el joven la llave á Mr. Jackal, y al pasar por el corredor dijo:

— Hé aquí la puerta del cuarto de Mina.

— Está bien, está bien, cada cosa á su tiempo. Nos ocuparemos de eso más tarde.

Y Mr. Jackal abrió la puerta del jardín.

Detúvose en el umbral abrazando de una mirada el conjunto de las localidades que iba á examinar en detalle.

— ¡Bueno! dijo, aquí es donde hay necesidad de usar

de precauciones, y marchar como cuando las gallinas van al campo. Seguidme si queréis, pero en el orden siguiente:

Yo el primero, Salvador el segundo, Justino el tercero y Mad. Desmarets la cuarta.

Eso es; y ahora, encajemos el paso.

Era evidente que Mr. Jackal iba á la parte de la pared que había examinado ya exteriormente.

Sólo que en vez de cortar el jardín diagonalmente, siguió la calle que iba á lo largo de la pared, y que le obligaba á hacer un ángulo igual al que harían la casa y la pared.

Antes de alejarse, dirigió por encima de sus anteojos una mirada á la ventana del cuarto de Mina.

— ¡Hum! dijo.

Y se puso en marcha.

La calle, enarenada con arena amarilla, nada extraordinario ofrecía; pero después de haber dado interiormente veinticinco pasos al lado de la pared, se detuvo, y con una sonrisa silenciosa cogió la teja rota que había arrojado para que le sirviese de señal, y mostrando á Salvador una huella reciente impresa en la platabanda, dijo:

— Hénos aquí.

No sólo se bajaron las miradas de Salvador siguiendo la dirección del dedo de Mr. Jackal, sino también las de Justino y Mad. Desmarets.

— ¿Creéis, pues, que es por aquí por donde ha sido robada la pobre niña? preguntó Salvador.

— Eso no admite duda, respondió el hombre de la policía.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró Mad. Desmarets, ¡un rapto en mi colegio!

— Caballero, dijo Justino, en nombre del cielo, dadnos alguna certeza.

— ¡ Oh ! la certeza, dijo Mr. Jackal, mirad vos mismo, mi querido amigo, y la tendréis.

Y mientras que Justino miraba, Mr. Jackal, que se veía al fin sobre una huella segura, sacaba la caja del bolsillo, y se llenaba la nariz de tabaco, mirando á la tierra por debajo de sus anteojos, y á Mad. Desmarets por encima.

— Pero al fin, caballero, ¿ qué veis ? preguntó Justino impaciente.

— Esos dos agujeros en la tierra, unidos como veis por una línea recta.

— ¿ No reconocéis la huella de una escala ? dijo Salvador á Justino.

— ¡ Bravo ! eso es.

— Pero esa línea transversal, continuó Justino.

— Continuada, dijo Mr. Jackal á Salvador.

— Es, dijo Salvador, el último escalón que se ha hundido una pulgada en la tierra á causa de la humedad del terreno.

— Ahora se trata, dijo M. Jackal, de saber cuántos hombres han pesado sobre la escala para hacer que entrasen en el suelo los palos derechos medio pie, y el atravesado una pulgada.

— Examinemos los pasos, dijo Salvador.

— ¡ Oh ! los pasos es muy confuso, además que dos hombres pueden haber marchado por los mismos pasos. Tenemos enamorados que no tienen otro sistema para disimular sus huellas.

— ¿ Pues cómo vais á hacerlo ?

— Nada más sencillo.

Después, volviéndose hacia la directora del colegio, que

no comprendía mucho más lo que se decía, que si se hubiera hablado en árabe ó hebreo :

— ¿ Señora, preguntó M. Jackal, hay una escala en la casa ?

— Hay la del jardinero.

— ¿ Dónde está ?

— En la cochera probablemente.

— ¿ Y la cochera ?

— Allá abajo.

— No os menéis de ahí, voy yo mismo á buscar la escala.

Mr. Jackal saltó ligeramente la distancia de metro y medio poco más ó menos para pasar por encima de numerosas huellas que se veían impresas tanto sobre la arena de las calles como sobre las platabandas que las rodeaban, y en las que, gracias á su espíritu de método, parecía no fijar la atención hasta que llegase el tiempo de examinarlas.

Un instante después volvía con la escala.

— Asegurémonos lo primero de una cosa, dijo M. Jackal.

Enderezó la escala, y puso en relación con los dos agujeros los dos montantes ó pies de la escalera.

— Bueno, dijo, hé aquí ya una pieza de convicción ; es probable que tengamos la escala de que se han servido, porque los agujeros y los palos están en relación.

— Pero, preguntó Salvador, ¿ no tienen todas las escalas la misma medida poco más ó menos ?

— Esta es un poco más ancha que las ordinarias ; el jardinero tiene un aprendiz, un discípulo, un hijo, ¿ no es verdad, señora Desmarets ?

— Tiene un muchacho de doce años, caballero.

— Justamente. Hace que el niño le ayude para enseñarle su oficio, probablemente ; y ha comprado una escala

más ancha, para que el niño pueda subir á ella al mismo tiempo que él.

— Caballero, dijo Justino, os suplico que volvamos á Mina.

— Ya volvemos, caballero, sólo que volvemos por un rodeo.

— Sí, pero ese rodeo nos hace perder tiempo.

— Mi querido caballero, replicó el empleado de la policía, en los asuntos de la guerra, el tiempo no entra para nada; de dos cosas una: ó el que roba á vuestra prometida conduce fuera de Francia, y está ya muy lejos para que le atrapemos, ó cuenta con ocultarla en las cercanías de París, y en este caso antes de tres días sabremos dónde está.

— ¡ Oh! Dios os oiga, Mr. Jackal; pero decíais que ibais á saber cuántos hombres habían contribuido al rapto.

— Me ocupo de esa averiguación, caballero.

Y en efecto, Mr. Jackal enderezaba la escala á lo largo de la pared á un metro de distancia poco más ó menos del sitio en que estaba la primera huella. Subió Mr. Jackal los primeros peldaños de la escala, deteniéndose en cada uno para mirar á qué profundidad se hundían los pies.

Habíanse hundido sólo unas tres pulgadas.

Desde el medio de la escala, Mr. Jackal dominaba el jardín.

Distinguió pues un hombre de chaqueta en el umbral de la puerta del corredor.

— ¡ Hola! amigo mio, dijo Mr. Jackal, ¿ quién sois?

— Soy el jardinero de Mad. Desmarets, caballero, respondió el buen hombre.

— Señora, dijo Mr. Jackal, id á comprobar la identidad de aquel hombre, y traédnosle por el mismo camino que nosotros hemos tomado.

Obedeció Mad. Desmarets.

— Os lo dije, Mr. Justino, y os lo repito, Mr. Salvador, esa mujer no tiene parte alguna en el rapto de la joven.

Volvió Mad. Desmarets con el jardinero, que estaba sumamente asombrado de hallar en su jardín un hombre subido sobre su escala.

— Amigo mio, le preguntó Mr. Jackal, ¿ habéis trabajado ayer en el jardín?

— No, caballero, ayer era martes de Carnaval, y en una casa tan bien ordenada como la de Mad. Desmarets no se trabaja los días de fiesta.

— Bueno; ¿ y antes de ayer?

— ¡ Oh! era lunes de Carnaval, y el lunes de Carnaval descanso.

— ¿ Y el día anterior?

— El día anterior, caballero, era domingo de Carnaval, fiesta más grande aún que el martes.

— ¿ De modo que no habéis trabajado hace tres días? ¿ no es verdad?

— Caballero, dijo gravemente el jardinero, no tengo deseo de ser condenado.

— Bien, eso es todo lo que quería saber; de modo que desde hace tres días está vuestra escala en la cochera.

— Mi escala no está en la cochera, respondió el jardinero, puesto que estáis subido en ella.

— Este mozo está lleno de inteligencia, respondió Mr. Jackal; pero hay una cosa de que respondo, y es que no practica el rapto.

— ¿ Queréis subir sobre la escalera? dijo M. Jackal.

El jardinero miró á Mad. Desmarets para leer en sus ojos si debía ó no obedecer á las órdenes de aquel intruso.

— Haced lo que ese caballero os dice, respondió madama Desmarets.

El jardinero subió dos ó tres escalones.

— Más aún, dijo Mr. Jackal.

El jardinero continuó su ascensión.

— ¿Qué tal? preguntó Mr. Jackal á Salvador.

— Se hunde, respondió éste, pero no hasta el palo transversal.

— Bajad, amigo mío, dijo Mr. Jackal al jardinero.

El buen hombre obedeció.

— Ya estoy abajo, dijo.

— Advertid, dijo Mr. Jackal, como este hombre dice pocas cosas, pero como está bien dicho todo lo que dice.

El jardinero se echó á reír; el cumplimento le lisonjeaba.

— Ahora, amigo mío, dijo Mr. Jackal, coged á madama Desmarets en brazos.

— ¡Oh! dijo el jardinero.

— ¿Qué decís, caballero? preguntó Mad. Desmarets.

— Coged á la señora en vuestros brazos, repitió Mr. Jackal.

— Nunca me atreveré, dijo el jardinero

— Y yo os lo prohibo, Pedro, dijo la directora del colegio.

Mr. Jackal saltó desde lo alto de la escalera abajo.

— Subid adonde yo estaba, amigo mío, le dijo al jardinero.

Subió sin dificultad el jardinero y se colocó sobre el escalón que acababa de dejar Mr. Jackal.

En cuanto á éste, se acercó á Mad. Desmarets, le pasó un brazo por debajo de los hombros, y otro por las corvas, y la levantó del suelo aun antes de que ella hubiera tenido tiempo para darse cuenta de la intención de Mr. Jackal.

— Pero, caballero, caballero, gritaba Mad. Desmarets, ¿qué hacéis?

— Suponed, señora, que estoy enamorado de vos, y que os robo.

— Hé ahí una suposición, dijo el jardinero colocado sobre su escalón.

— Pero, caballero, repetía Mad. Desmarets, pero, caballero.

— Tranquilizaos, señora, que como dice nuestro amigo Pedro, no es más que una suposición, dijo Mr. Jackal.

Y subió cuatro ó cinco escalones teniendo á Mad. Desmarets en los brazos.

— Se hunde, dijo Salvador siguiendo con la vista los pies de la escala, que en efecto desaparecían en el suelo.

— ¿Se hunde hasta el palo transversal? dijo Mr. Jackal.

— No del todo.

— Apoyad el pie sobre el segundo escalón, dijo Mr. Jackal.

Salvador ejecutó la maniobra prescrita.

— Ahora, dijo Salvador, está exactamente en el mismo punto que antes.

— Está bien, dijo el hombre de la policía, bajemos todos.

Bajó el primero, hizo tomar la posición vertical á madama Desmarets, invitó á Pedro á que se estuviese inmóvil en la calle, y sacando la escala del suelo, donde dejó la misma huella que antes, dijo:

— Mi querido Mr. Justino, Mad. Desmarets es un poco más pesada que la señorita Mina; yo soy un poco más ligero que el hombre que la llevaba: está pues hecha la compensación.

— ¿Y qué quiere decir eso?

— Que vuestra prometida ha sido robada por tres hom-